

Violencias contra las mujeres Mitos, realidades y aspiraciones

“Siendo muy joven, un hombre fuerte y diestro, al que nunca le vio la cara, la había tumbado por sorpresa en las escolleras, la había desnudado a Zarpazos, y le había hecho un amor instantáneo y frenético. Tirada sobre las piedras, llena de cortaduras por todo el cuerpo, ella hubiera querido que ese hombre se quedara allí para siempre, para morir de amor en sus brazos”

Gabriel García Márquez en el libro *El amor en los tiempos del cólera*.

Este querido escritor, galardonado con el Nóbel de literatura, no escapa como tantos hombres –y claro también algunas mujeres- de las trampas de una cultura que maquilla y hasta hace deseable, desde un cuestionable ropaje romántico, la dolorosa experiencia de la violación.

En canciones, chistes, coplas, trovas, telenovelas y claro la literatura, se transmiten y refuerzan ideas que justifican de mil maneras las muchas formas de violencia contra las mujeres, convirtiendo en no pocas ocasiones al perpetrador en héroe, o al menos, en ejemplo de virilidad y valor. Recordemos aquí nuevamente a nuestro macondiano escritor en su novela “Memorias de mis putas tristes”.

Las violencias contra las mujeres, y de modo particular las violencias sexuales, son una apremiante realidad y constituyen una inmensa tragedia para muchas mujeres, niñas y también niños, víctimas anónimas, desconocidas, quienes enfrentan -en no pocos casos- la desolación y la imposibilidad de transformar su dolor y su ira en esperanza. Las violencias contra las mujeres, y de modo particular la sexual, laceran la dignidad de toda una sociedad y tendrían que ser motivo de vergüenza en todos los planos de la vida social.

Hoy sin embargo, tras muchos años de palabras sin escucha, muchas mujeres -y hombres también- podemos al menos enunciar y preguntar públicamente por la sinrazón de un drama que día a día hipoteca la alegría y el futuro de tantas mujeres, jóvenes, niñas y niños.

Omnipresente, la violencia sexual, así como el menosprecio y objetivación de las mujeres recorre nuestras casas, el lugar de trabajo, los medios de comunicación, la calle y los centros educativos. También habita en los textos educativos y en las doctrinas religiosas. Se naturalizan en chistes, mitos, tradiciones y refranes.

La violencia contra las mujeres, y de modo particular la violencia sexual, es una realidad incuestionable en nuestra cotidianidad. Visible e ignorada, denunciada y silenciada, demoledora y sutil, ella recorre los pliegues de nuestra piel, de nuestro ser como mujeres. Pero lo que más duele, no es el golpe, el ultraje, es la indiferencia que una buena parte de la sociedad sigue teniendo con lo que le pasa a más de la mitad de su población, nos obstante seamos alabadas en canciones, como aquella que dice “mujeres tan divinas”

La violencia contra las mujeres no solo se evidencia en la violación o el maltrato físico pues son sutiles y variadas las formas de violencia. Hoy se acepta y se promulga desde diferentes tratados y convenciones, que todo aquello que contribuya a mantener y reproducir las discriminaciones contra las mujeres es una forma de violencia. La transmisión de patrones culturales y estereotipos caben en este campo de las violencias. Por ello, el imperativo de develar las maneras como en los distintos ámbitos se producen estos procesos de transmisión y reproducción. He aquí por ejemplo, un desafío para el sistema educativo, para los aspectos visibles e invisibles en los procesos de formación y de enseñanza-aprendizaje.

Nos duelen y conmueven en lo más profundo de nuestro ser, los testimonios, hechos y cifras que dan cuenta de las violencias infringidas contra las mujeres por el solo hecho de serlo. La casa, la calle, el conflicto armado, la guerra, son los escenarios. El esposo, el padre, las mafias, los actores armados ilegales y legales son los victimarios. La violencia sexual, doméstica y socio-política son algunas de las caras de esa medusa descomunal que es la violencia contra las mujeres, las jóvenes y las niñas.

Caras y contra-caras de una situación estructural inserta en la médula de una cultura que es indiferente con la víctima y premia –o al menos- justifica al agresor.

¿Cuál es la lógica que perpetúa esta doble situación? ¿Cuáles las razones para tan pobre sanción social frente a un fenómeno que destruye vidas y afecta la democracia?

¿Cuál es, podemos preguntar, el telar que permite crear esta urdimbre de desolación? ¿Dónde están esas manos invisibles que guían los hilos sombríos de este entramado perturbador? ¿Cuál es ese libreto invisible que lleva a mujeres y hombres a asumir unos roles pre-establecidos, a repetir sin descanso unas relaciones signadas por el imperativo de la violencia, de unas prácticas de dominación-sometimiento?

Con profunda convicción y certeras constataciones históricas, sociológicas, antropológicas, las mujeres -al menos muchas- afirmamos que el causante es un

sistema socio-sexual y cultural que se afianza en la superioridad y centralidad de los hombres y en los valores asociados a lo masculino.

Con el patriarcado se inaugura la violencia contra las mujeres con la cual perdemos todas y todos, se alejan los valores democráticos y se instaura la violencia como la única vía para resolver los conflictos y ejercer el poder desde una única comprensión: la dominación y el sometimiento.

Muchas acciones nacidas de la insumisión de las mujeres han contribuido a cambiar visiones y prácticas frente a la población femenina y han obligado a los gobernantes a asumir acciones y compromisos que disminuyan los factores de discriminación, violencia e inequidad frente a las mujeres.

Las violencias, en particular la violencia sexual, no son un tema privado que deba permanecer oculto, como hasta hace muy poco sucedía. Hoy al menos nadie discute que es un delito y su prevención contribuye a la construcción de valores y prácticas democráticas, así como de convivencia humana y ciudadana.

No es nuestra pretensión en esta corta intervención, hablar en clave de cifras y estadísticas sobre las muchas formas de violencia contra las mujeres que suceden en la ciudad, la región y el país en general. Sin duda, al menos hoy, las hay en abundancia y son importantes, al igual que necesarias para destacar la dimensión de su ocurrencia en la casa, la calle, el lugar de trabajo, las aulas de formación y hasta lugares tan insólitos como una estación de policía, recordando un sonado caso de violación por parte de un agente de policía a una niña. Sin duda ellas también nos permitirían demostrar la enorme impunidad que existe y con esta, el déficit histórico de justicia frente a tantas vidas y seres lastimados y en muchos casos deformados para siempre.

Hoy nos interesa, invitar a una reflexión profunda que conjunte corazón y razón para inspirar en ustedes compromisos éticos, individuales y colectivos en la prevención de las violencias en general y las violencias sexuales en particular, desde todos los lugares en que se desenvuelve la propia experiencia vital, laboral y social.

Sin duda, ningún ámbito escapa a la ocurrencia de hechos de violencias contra las mujeres. Seguramente, ya habrán ustedes detectado la incuestionable incidencia de la violencia en la vida de muchas mujeres cercanas, jóvenes y niñas, afectando sus procesos de confianza y en general disfrute del valor de la propia existencia.

¿Qué hacer? ¿Por dónde empezar? Por fortuna, hoy contamos con herramientas legales y dispositivos institucionales para su prevención, denuncia y sanción. Sin embargo ello no es suficiente, no solo por la distancia entre la norma y la realidad,

pues en muchos casos la víctima vive el suplicio de la revictimización, sino también por la pervivencia de prácticas que emanan del dominio de un orden simbólico que autoriza, legitima y naturaliza desiguales formas de valoración para las mujeres y para los hombres.

¿Dominación simbólica? se preguntarán. Si, es aquello que nos permite ver normal lo que es aberrante y está instalado en nuestras mentalidades y en la cultura. Ella por ejemplo se refleja en las risas desprevenidas frente un chiste sexista o de carácter homofóbico, igualmente en comentarios como *¿Usted cómo estaba vestida?*, que con una lamentable frecuencia realizan operadores de justicia frente a una mujer violada.

No hay duda, las leyes, las normas, las políticas públicas son importantes y desde muchos ámbitos tanto locales, como nacionales e internacionales, las mujeres hemos desplegado nuestra fuerza colectiva para conseguirlos. Por supuesto es ineludible que los conozcamos, difundiéndonlos y haciendo exigibilidad frente a su aplicación. Sin embargo, vale preguntar ¿Dónde está la reflexión profunda de una sociedad acerca de las prácticas de violencia edificadas sobre el convencimiento de la inferioridad de la mitad de su población? ¿Qué sociedad es esta que autoriza, premia y da permiso a sus hombres para afinar su reconocimiento y su valer, infligiendo dolor y daño a mujeres, niñas y niños?

Por todo lo anterior entonces, la invitación es a reinventarnos como mujeres y hombres, como funcionarias y funcionarios públicas, como docentes, madres y padres, ciudadanas y ciudadanos, para conocer y reconocer ideas y prácticas que sustentan la desigualdad entre los géneros, que alimentan preconceptos y estereotipos sexistas y discriminatorios.

La prevención de las violencias en general y de la violencia sexual en particular, nace en primer lugar de un si misma y un si mismo que se atreve a romper con los mandatos de género impuestos culturalmente. Como las orugas hemos de mutar hacia nuevas formas de ser y estar como mujeres y hombres, abriendo alas multicolores en la casa y en todos los ámbitos en que se desenvuelve la vida.

Contribuir a la constitución de mujeres, hombres, jóvenes, niñas y niños con conciencia de ser sujetos de derechos, pensantes, críticos y propositivos es un camino hacia la prevención de las violencias en general y la violencia sexual en particular, pero igualmente puede ser un camino propiciador de la denuncia y la exigibilidad de sus derechos.

La tarea no es fácil y tendría que mancomunarse entre muchos sectores: las dirigencias, los medios de comunicación, las iglesias, las organizaciones sociales, el

sistema educativo, los docentes, madres y padres de familia así como con el Estado.

Aún es largo el camino que falta recorrer para recomponer una sociedad marcada estructuralmente por el uso de la violencia para obtener beneficios y garantizar privilegios y poderes, no solo económicos sino culturales, como sucede con las muchas formas de violencia ejercidas contra las mujeres.

Tendremos que transitar hacia el respeto real de los derechos humanos y dentro de estos los derechos de las mujeres y los derechos sexuales y reproductivos. Igualmente hacia novedosas formas de cuidado y protección colectiva que privilegien el valor y significado de cada vida, su cuerpo e integridad, desarrollando un compromiso profundo con la libertad, la diversidad y las diferencias humanas.

Las sociedades no son neutrales ni asexuadas. Son escenario de relaciones sociales, políticas y culturales, por esto en ellas se reflejan los estereotipos aún vigentes sobre mujeres y hombres, así como las desiguales relaciones entre unas y otros.

Hoy las mujeres en Medellín, Colombia y muchas partes del mundo cantamos y contamos nuevas realidades. Nuestras madres, abuelas, y en general nuestras ancestras, mirarían con asombro y admiración los logros de las mujeres contemporáneas.

Nuestro destino -único, inmutable- no son ahora las largas, extenuantes y pocas reconocidas horas de trabajo doméstico entre olores de cebolla, llantos o travesuras de hijas e hijos, ropa sucia esperando unas manos callosas sin más ayuda que otra niña pequeña, aprendiendo el oficio de la sumisión y la invisibilidad.

Nuestro cuerpo, es ahora realmente nuestro. Antes, ese cuerpo nos era ajeno, objeto de Estados, iglesias, políticas poblacionales. Moldeado por otros, ese cuerpo no era habitado soberanamente por las mujeres. Cuerpo-desposeído, cuerpo-objeto para la reproducción, para el placer masculino, para el sometimiento infligiendo tortura, para otorgar un supuesto sentido de poder y control dominando ese cuerpo femenino con múltiples formas de violencia o amenaza de la misma.

Si, hemos avanzado. Hoy contamos con políticas públicas, como aquí en el municipio de Envigado, con leyes y normas que amparan nuestros derechos. Ya decidimos si queremos o no tener una prole. Hemos encontrado nuestro clítoris y descubierto la potencia de una piel acariciada y el inefable disfrute en unas

manos que descubren la geografía de otros cuerpos. Los derechos sexuales y reproductivos acompañan hoy nuestras luchas y son reconocidos como los más humanos de los derechos.

Sin embargo no todo es alegría y soberanía plena sobre un cuerpo objeto de prácticas de poder. Las amenazas y controles son ahora diferentes: bulimia, anorexia, ingeniería del cuerpo que mata mujeres, en aras de unos modelos corporales pensados por una poderosa industria que a su paso somete además muchas mentes femeninas a cortos horizontes vitales. Como no hablar también de las nuevas esclavitudes, cuerpos y vidas de mujeres traficados por mafias globales para la industria del sexo, la servidumbre doméstica o el uso y abuso de guerreros en las confrontaciones armadas que no solo se viven en nuestro país.

Asunto antes imposible, hoy muchas mujeres aspiran y están presentes en cargos de decisión: en la política, las instancias estatales, la economía. Pero el costo es alto, representado en la masculinización de nuestras vidas, en las dobles y triples jornadas, en el aumento del estrés y de infartos. La soledad y la estigmatización son en últimas el precio que pagamos y ciertamente nuestra presencia política y decisoria no hace aún la diferencia, pero no hay que dudarlo, "sin nosotras el mundo sería peor".

Hoy las mujeres sabemos de nuestros derechos, cada vez más reconocidos y amparados por Estados y organismos multilaterales. Ahora somos partícipes del inmenso acervo de conocimiento construido y acumulado por la humanidad, accediendo al sistema educativo, por muchos siglos al margen de las posibilidades de las mujeres.

Las violencias contra las mujeres son hoy un asunto público, preocupación no solo de nosotras sino de muchos sectores de la sociedad. Hasta hace poco en Colombia, matar a una mujer, en muchos casos, era un asunto de honor. Lo tristemente lamentable es que en muchos países los crímenes por honor siguen siendo justificados y aplaudidos.

Las mujeres nos hemos atrevido a desafiar mandatos milenarios, escritos con dolor en nuestra piel y en nuestras mentes. Pero este ser-siendo, este caminar desafiando un orden simbólico que cruza la historia, las tradiciones, los mitos y las subjetividades es también el clamor, es el deseo, es la aspiración del advenimiento de una nueva realidad para todas y todos, al igual que para la tierra que nos alberga y para la vida.

Lo cierto es que aún no construimos la alquimia necesaria para lograr que mujeres y hombres nos encontremos desde el respeto y la autonomía, reconociendo nuestras diferencias en la igualdad, pero más allá de esto lograr con generosidad

la convergencia de intereses comunes que a todas y todos nos dignifican, no hacen mejores y porque, no más plenos y felices.

Por las venas de nuestras familias, los centros educativos, la ciudad, circulan altas dosis de testosterona. No de otro modo pueden explicarse las prácticas de sociales de violencia que predominan.

Por supuesto muchas cosas están cambiando, pero muchas formas de violencia siguen horadando la vida cotidiana, en esa, la esfera doméstica, ya menos ausente de los debates públicos. La violencia sexual contra niñas, niños y mujeres por ejemplo, es sin duda un motivo de vergüenza, no solo por los impactos emocionales y efectos que ella produce, sino por la deficiente y sexista atención psico-jurídica en caso de denuncia y por la alta impunidad que se constata.

Estamos a tiempo de examinar las condiciones simbólicas, culturales, sociales y políticas generadoras de violencias, inequidad y exclusión en contra de las mujeres, las niñas y los niños. Tendremos que reinsistir en señalar que el fracaso de reconocernos en las diferencias y de encontrarnos para construir nuevas formas de convivencia entre mujeres y hombres, se traduce en la estructural violencia con rostro de mujer y aquellos considerados los más débiles: las niñas y los niños.

Ponencia elaborada por:
SÍLVIA MARÍA GARCÍA A.
Corporación Para la Vida Mujeres que Crean

Medellín, 25 de noviembre de 2008